

MERCEDES SILVESTRE SEGOVIA

TODAS

SOMOS

Blancanieves

AVENTURAS DE
DOS ANCIANAS ADOLESCENTES

CALIGRAMA

TODAS
SOMOS
Blancanieves

AVENTURAS DE
DOS ANCIANAS ADOLESCENTES

MERCEDES SILVESTRE SEGOVIA



Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

Todas somos Blancanieves

Aventuras de dos ancianas adolescentes

Primera edición: junio 2018

ISBN: 9788417447250

ISBN eBook: 9788417447939

© del texto:

Mercedes Silvestre Segovia

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2018

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todas somos Blancanieves

Mercedes Silvestre Segovia

A mi cuñada Margarita

Capítulo I

La cita

Mi teléfono parpadea en la oscuridad de la noche y, medio dormida aún, miro la pantalla y veo que Jannett ha enviado varios mensajes que, junto con los de mi hermana, suman la friolera de veintidós. Apago el teléfono sin leerlos y dando media vuelta en la cama, vuelvo a quedarme dormida.

La luz del día me despierta; suelo dejar las cortinas de las ventanas entreabiertas porque me gusta ese despertar suave y delicado que te ofrece la luz que va cogiendo intensidad mientras se hace de día. Me encanta esa forma de saludar a la vida diaria.

Recuerdo los mensajes de la noche anterior y abro en el teléfono la aplicación WhatsApp. Empiezo por Jannett.

—«Ja, ja, ja. ¿Y por qué no lo violas tú? Serías la heroína de las feministas: Mujer de ochenta y nueve años seduce a un muchacho guapo de cincuenta años, lo lleva a la habitación del hotel y lo viola miserablemente. Después, lo abandona para que pague él la cuenta del hotel. ¡Por fin somos iguales a los hombres en todo! ¡Viva la violadora! Todas las cadenas de televisión y todas las revistas hablarían de ti. ¿Te imaginas? Ya sé que tú lo dices de broma, pero yo no».

No pude dejar de reír durante un buen rato. Mi cuñada Jannett tiene ochenta y nueve años, y este era el mensaje

que me enviaba por WhatsApp después de recibir un par de mensajes míos.

Todo empezó con un *wassap* que yo le envié, en el que le contaba que tenía que ir a Málaga a dar una conferencia sobre el siglo XXI y la edad de la mujer madura. La novedad era que había quedado con un hombre con el que me escribía por Whatsapp desde hacía tiempo y quedamos para conocernos allí.

Su respuesta no se hizo esperar.

«Ten mucho cuidado, no vayas a sitios oscuros. Ve donde haya mucha gente, no des mucha información sobre ti».

La vi tan preocupada que no se me ocurrió otra cosa que gastarle una broma.

«No te preocupes, querida. Yo solo lo quiero para calentarme la cama y ver si cumple».

De inmediato, me di cuenta de que había soltado una barbaridad; a continuación, le escribí:

«Es broma».

Y la respuesta de ella fue ese mensaje que he comentado al principio y que me resultó sorprendente.

Yo tengo setenta y nueve años, casi ochenta; lo digo marcando bien las palabras para conseguir mayor impacto cuando lo digo, porque la verdad es que los llevo bien. La imagen de mi cuerpo y mi cara no se corresponde con mis años cronológicos, ya sea por la genética, por los arreglitos estéticos que me hago periódicamente o bien porque trabajo el cuerpo de forma eficiente desde hace años en el gimnasio.

A mí me gustaría que me dijiesen que aparento cuarenta años, pero no; a pesar de que llevo treinta años cuidándoo-

me, solo me quitan quince o veinte.

Todo empezó hace mucho tiempo. Tras una revisión general, me diagnosticaron osteopenia, y desde entonces practico ejercicio físico con una gran intensidad; no solo entreno con pesas, sino que también hago natación, baile de salón y alpinismo con gente joven. Todo ello no solo para cuidar mi salud ósea, sino para lucir una figura de impacto, sobre todo cuando digo que tengo casi ochenta años.

Lo de la cita era verdad. Yo había quedado con Pepón, un camionero al que conocí hace bastante tiempo en una red de contactos de Internet y con el que desde hacía meses me comunicaba por WhatsApp. Él es un hombre divorciado; la separación lo dejó sin otro sustento que el camión con el que hace rutas por distintos puntos de España. Da la casualidad de que en la fecha en que yo tenía que trabajar en Málaga, él también tenía que estar allí, puesto que debía dejar en el puerto unos contenedores que transportaba en su vehículo.

No estaba planeado, fue un imprevisto y quedamos para tomar unas cañas al finalizar el trabajo.

Nos citamos a las ocho en la puerta del centro médico en el que yo iba a dar la conferencia. Él pasaría a recogerme al terminar.

No nos conocíamos personalmente, solo a través de las fotos que habíamos subido a la red de contactos, pero yo lo reconocí rápidamente. Lo que no podía imaginarme era su envergadura, ya que era un hombretón de más de un metro ochenta, fuerte, bien parecido y joven, muy joven para mí.

Nos sentamos en una terraza del paseo marítimo y nos tomamos un par de cervezas mientras hablábamos de

nuestras cosas, de nuestra vida. Resultó ser un buen conversador, pues sabía de música, de cine y de teatro, supongo que por las muchas horas de radio al volante del camión. Tenía mucho nivel cultural.

Me habló de su situación personal. Me dijo que estaba separado, que tenía una hija poetisa de dieciséis años, que vivía con la madre y que él había tenido que volver a casa de sus padres por la delicada situación económica con que se quedó tras el divorcio.

—La vuelta al hogar con mamá —recalcó.

Yo conté pocas cosas debido a la advertencia de mi cuñada, pero sí le dije que estaba separada, aunque mantenía una buena relación con mi expareja.

Entonces, mientras estábamos bromeando, me propuso hacernos una foto juntos y mandársela a mi ex.

Me pareció una idea genial, así que la llevamos a cabo.

La foto nos la realizó la camarera. Nosotros estábamos de pie y como fondo salía el paseo marítimo; la verdad es que quedó estupenda, yo aparecía con un mocetón bien plantado a mi lado y ambos teníamos cara de felicidad. Parecíamos una pareja normal que había salido a pasear y a tomar unas copas.

De inmediato, se la envié a mi ex. Indudablemente, puse cara de mala mientras lo hacía, porque me reí por dentro. «¡Veremos qué le parece la foto! Seguro que le fastidia verme con otro».

También la mandé por WhatsApp a todas las amigas de mi lista. «Esto para chincar un rato», pensé.

Me pareció una actuación diabólica.

La velada con mi nuevo amigo fue agradable; me lo pasé realmente bien. Eso era, por supuesto, algo insólito para mí. Hacía muchos años que no había quedado para tomar copas con un hombre, y este además era joven, bastante atractivo y, sobre todo, un buen mozo. «Es una buena pieza», me dije yo.

Me gustan los hombres altos y con aspecto de leñador fornido; siempre me los imagino dándome un abrazo envolvente y yo perdida entre sus brazos. Me encanta fantasear con esto, porque cuando lo hago me siento abrazada de verdad.

Hace años que no vivo con mi exmarido, ya que tenemos vidas separadas, aunque nunca llegamos a arreglar los papeles del divorcio, quizás por desidia o por desinterés en rehacer nuestra vida. El caso es que oficialmente continúo siendo una mujer casada.

Mi ex era y es un hombre guapo, pero de mi altura; es decir, bajito, por eso mi inclinación hacia los hombres altos, porque a los bajos ya los conozco: abrazan torpemente, pues no les llegan los brazos, y encima a mi ex nadie le había enseñado a expresar sentimientos a través de un buen achuchón. Ni siquiera yo lo conseguí, y además a él no le gustaba dar abrazos.

Esa mañana había salido de mi casa ya vestida para la conferencia en Málaga. Tenía que cuidar mi imagen porque iba a hablar sobre la belleza y la edad, así que debía ir juvenil, algo sexy, pero también, a ser posible, discreta. Era difícil conseguir el aspecto adecuado para el acto, ya que tenía que mostrar que las mujeres a cualquier edad podíamos seguir siendo visibles e incluso deseables.

Suelo vestir siempre con pantalones; son cómodos para viajar, y si además son negros, solo cambiando la parte de

arriba parece que vas diferente cada día. Mis pantalones suelen ser ceñidos, muy ceñidos diría yo, porque a fuerza de tesón y trabajo en el gimnasio he conseguido unos glúteos imponentes y me gusta enseñarlos. Elegí para ese día—sin pensar en la cita de por la noche, claro está— un jersey negro que alternaba zonas transparentes con partes más opacas y que dejaba entrever bastante bien la parte superior de mis pechos. Iba, por tanto, bastante sexy y atrevida.

A Pepón le debió de encantar mi atuendo, ya que durante toda la noche sus ojos permanecieron mucho tiempo fijos en mi jersey semitransparente.

—¡Preciosos tus pechos!

—¿Qué dices?

—Que tienes unos bonitos pechos.

Casi me da un pasmo. ¿Cómo que mis pechos son preciosos? ¿Dónde los había visto?

—Los he visto a través de la preciosa blusa semitransparente que llevas.

No supe si esconderme debajo de la mesa o salir corriendo.

Por el momento, crucé el chaquetón de cuero para taparme el busto. No me hizo gracia esa mirada; yo me había vestido para las mujeres que asistieron a mi conferencia, y no para seducir a ningún hombre. Se me había olvidado la cita nocturna al vestirme por la mañana.

Pese a este pequeño incidente de los senos, la velada fue agradable y quedamos en repetirla cuando el destino nos uniera por motivos de trabajo en las mismas fechas y los mismos lugares.

Al final de la misma, se me ocurrió preguntarle lo normal a una persona que no está en su casa:

—¿Dónde vas a dormir esta noche?

A lo que él respondió sonriendo:

—Si nadie me invita, dormiré en el camión.

—Yo no te invito —respondí rauda, y supongo que con cara de miedo.

Y ahí quedó todo.

Me acompañó al hotel. En la puerta nos dimos dos besos en sendas mejillas y nos dijimos adiós.

Sin embargo, no me fui tranquila porque me notaba inquieta, diferente; algo me estaba ocurriendo.

Volví a mirar la foto que nos habíamos hecho en la terraza del bar y me pareció que no se notaba la diferencia de edad.

Me miré en el espejo detenidamente mientras el ascensor subía a la undécima planta. La verdad es que me encontré estupenda, estaba guapa y joven; no me extrañó nada que Pepón me propusiera compartir la cama.

Me sentí deseada y el corazón empezó a latirme de forma acelerada.

¡Menos mal que me había llevado el tensiómetro y la pastilla para la tensión!

Capítulo II

El cambio

Afortunadamente, no había olvidado en casa los medicamentos para dormir, así que al acostarme tomé mi dosis habitual de Melatonina norteamericana y la media píldora de Lormetazepan. Fue una suerte, porque en el teléfono había cinco llamadas perdidas de mi ex, todas ellas recibidas a horas intempestivas, desde la una de la madrugada hasta las seis.

«¿Se le habrá quemado la casa?», pensé preocupada. Cuando le devolví la llamada, me contestó con voz somnolienta:

—No he podido pegar ojo en toda la noche, he estado muy preocupado por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—¿Por qué va a ser? Me has mandado unas fotos con un hombre desconocido a altas horas de la noche, y eso en ti no es normal. Pensaba que te habían secuestrado y querían pedir rescate.

Creo que las carcajadas que solté se oyeron hasta en la recepción del hotel. Lo tranquilicé.

—Solo ha sido un juego —le dije—. Así que continúa durmiendo y no te preocupes tanto, que ya soy mayorcita y sé

cuidarme sola.

—Tú sabrás lo que haces. Eres muy mayor y a él se le ve bastante joven.

Volví a reír como una loca.

—No te preocupes, amor. Es simplemente un ligue, otro día te cuento. *Ciao*, cielo, y gracias por preocuparte tanto por mí.

Todavía con la sonrisa en los labios, continué leyendo los *wassap* recibidos durante la noche anterior,

Casi todos eran de cosas normales: saludos de amigos deseándote buenas noches o buenos días y vídeos preciosos con bellas imágenes y frases bonitas.

Sin embargo, había uno sorprendente. Mi hermana, que era diez años más joven que yo, me solicitaba una foto de la habitación del hotel. No entendía muy bien si quería una foto de la impresionante panorámica que se veía desde los ventanales del cuarto o si su deseo era cotillear el interior de la estancia.

Miré la cama donde había dormido y me sorprendió ver lo deshecha que estaba. Había seis almohadones desperdigados por ahí sin orden ni concierto y las sábanas estaban medio tiradas en el suelo.

La verdad es que la imagen podía dar lugar a confusiones, por eso coloqué bien las sábanas y las almohadas, hice la foto de rigor y se la envié por WhatsApp. No quería que mi estimada y malpensada hermana imaginara que no había dormido sola.

De todas formas, era imposible que mi hermana pudiera escamarse; ella no sabía nada de mi cita con Pepón. ¿O se

lo había contado? No estaba segura, no lo recordaba; pero igualmente, ¿por qué iba a sospechar?

¿Podría alguien en su sano juicio pensar que una señora de casi ochenta años, seria y juiciosa, puede pasar la noche acompañada de un mozo guapo de cincuenta años?

¡Vamos! Es que eso no ocurre ni en las novelas. Pero la verdad es que yo había recibido una invitación formal para compartir cama esa noche.

Lo cierto es que el recuerdo de aquella velada oferta me llenaba el corazón de alegría. Yo, a mis años, con un hombre tan guapo. Debería haber aceptado. ¿Qué podía perder? La virginidad no porque hace años que la perdí. «Y con esa vida tan aburrida que vives, ¿no crees que te hubiera venido bien echar una canita al aire? Nunca mejor dicho lo de la canita, porque seguro que ya tienes toda la cabeza blanca, aunque con el tinte no te la veas. Como siempre, eres una tonta, Cándida. Habría sido estupendo volver a sentir en tu cuerpo las manos ardientes de un hombre joven. Muy probablemente te habría gustado. Pero ¡qué le vamos a hacer! Has perdido la ocasión; para no variar, te precipitaste. En fin, seguro que no habrá otra oportunidad».

Estaba segura de que le gusté y no se enteró de mi edad, porque como dice el refrán, «vale más una imagen que mil palabras», y como asevera esa otra frase hecha, «tiran más dos tetas que dos carretas».

«Y yo tengo dos buenos melones por pechos. Creo que volverá y habrá otra ocasión».

Mientras pensaba en estas cosas, fui hacia el baño para darme mi aseo personal. Ese día me di una ducha rápida, sin afeites ni maquillajes.

Además, en estos momentos me siento joven y no me duele nada. Digo esto porque la ducha para las personas mayores es terapéutica. Que si chorro caliente en el hombro que me duele por la noche, que si ahora la espalda para mejorar la espondilolistesis, que si la rodilla me duele también a veces, la mano izquierda atrapada ya por la artrosis... Lo de menos es la higiene; como dice mi paciente:

«Con jabón solo en los alerones y el motor». Así que ese día solo eso.

Los cuartos de baño de los hoteles de lujo están llenos de grandes espejos. Se supone que, como eres rica, estás estupenda y bien cuidada, por lo que no hay problema y puedes contemplarte de arriba abajo. El baño de este hotel tenía toda la pared lateral cubierta por un espejo con tonos oscuros. Aunque hubiera tenido flacidez o celulitis, habrían sido invisibles, por lo que todo era perfecto.

Asimismo, no sé si estos espejos están colocados de una forma especial para que te veas siempre bien, no como los espejos deformantes de las ferias, en los que a veces pareces chaparrita y gorda y otras veces te ves alta y flaca. También creo que las luces del tocador deben de estar estratégicamente colocadas para favorecer la visión.

Sea lo que sea, la verdad es que lo que vi reflejado en él me gustó; era cierto que estaba magnífica, mucho mejor que hacía veinte años.

Siempre lo he tenido claro. A los cincuenta decidí no hacerme mayor, y desde entonces cumplo a rajatabla lo programado: ejercicio físico variado, musculación a tope, dieta adecuada y variada. Todo eso junto con los tratamientos cosméticos individualizados que necesite; poquita cosa, pero eficaz, que no se note que te has hecho nada. Yo soy la respuesta a tanta programación. Estoy estupenda; como di-